

Está faltando la verdadera reflexión...

Reportaje al Dr. Arnoldo Canclini
Por Luis Franco

Gran parte de la historia bautista argentina ha tenido en el doctor Arnoldo Canclini un protagonista destacado. Pastor, hijo y nieto de pastores, doctorado en Filosofía y Letras en la Universidad de Buenos Aires, Canclini tiene un hablar pausado en el que brilla el espíritu docente que con abundantes ejemplos ayuda a que la reflexión sobre temas a veces ríspidos, sea un transitar cómodo e interesante. Este prolífico autor de más de 90 obras de diversos géneros y variados temas, nos recibió pacientemente en las oficinas que ocupa en el Seminario Internacional Teológico Bautista, donde a sus más de 80 años, continúa enseñando. La charla, que comienza en su memoria, va escalando hacia temas profundos.

RB.: –Doctor Canclini, los sistemas e instituciones cambian, aprendemos de nuestros errores, nos corregimos y tal vez evolucionamos ¿Si tuviera que realizar un balance de estos 100 años de historia de la CEBA, qué nos diría?

AC: – Bueno, yo no estoy tan seguro de que el hombre aprenda de sus errores, es el único animal que tropieza con la misma piedra... pero es cierto que las sociedades evolucionan y que en un período hay cosas que se van modificando... La triste experiencia dice que, cuando se repiten las circunstancias, los formadores de opinión pueden repetir resultados de otros momentos históricos.

– Si nos trazamos un rumbo deseable conforme a una forma de ser bautista ¿qué papel jugarían los principios?

– Todo cuerpo, y más un cuerpo religioso, como una denominación existe como algo específico porque tiene principios propios. Un anglicano o un pentecostal son tales porque sostienen los principios pentecostales o anglicanos. Eso es especialmente importante en relación a los bautistas, que recogieron los principios de la reforma radical o anabaptista, que los diferenciaron de la llamada reforma magisterial (luterana, reformada, anglicana) y que han permanecido por siglos e incluso influyendo fuertemente a otros cuerpos cristianos. Eso significa que, si no se mantienen los principios, se pierde la identidad. Dicho de otra manera donde no hay principios bautistas en vigencia, no hay bautistas.

– ¿Habrá aspectos pétreos y otros menos relevantes?

– Hay un conjunto de elementos que son principios y tenemos otros que constituyen dogmas. Compartimos dogmas con muchos grupos. Con los cristianos en general, creemos en Dios; pensamos lo mismo de Jesús, como Hijo de Dios; sostenemos que hay vida después de la muerte y salvación. Como bautistas tenemos principios, que no son muchos pero que consideramos parte esencial y distintiva de lo que somos, como por ejemplo la libertad religiosa, la separación de Iglesia y Estado, el gobierno congregacional, el bautismo por obediencia personal ...

– Por lo que señala, y teniendo en cuenta que la misión es salvar e iluminar al mundo, la iglesia tiene un rol docente por excelencia.

– Para que los principios tengan vigencia, es necesario educar al pueblo que quiere seguirlos, explicando su alcance y razón de ser y en especial su base bíblica; la enseñanza de la Biblia es fundamental.

La responsabilidad formativa de los propios componentes de la iglesia y su reflejo en la sociedad puede trazarse un paralelo de la responsabilidad colectiva de los miembros de una iglesia con la responsabilidad colectiva de la ciudadanía de un país; por ejemplo, cuando nos olvidamos de la responsabilidad educativa en una sociedad secular, hay consecuencias: aplaudimos a los dictadores. Uso esa palabra sólo para referirme a la sociedad secular por supuesto, pero sabemos perfectamente que es fácil encontrar una similitud en ciertas formas de gobierno eclesial.

Cuando en el siglo XVI surgieron grupos que dijeron “la iglesia es la unión de aquellos que han sido regenerados por Jesucristo, porque han oído y creído el mensaje”, comprendieron que había algunas responsabilidades: Una por ejemplo, la que llamamos evangelizar, es decir contarle a los otros que no sabían que había que arrepentirse y creer en Jesucristo y la otra, educar a los propios para que entendieran los alcances de aquello que decían haber aceptado. Una iglesia que no cumple esos dos ministerios

no está cumpliendo con su razón básica de ser, porque sin ellos fácilmente se corre el riesgo de caer en los principios medioevales que quizá perduran en algunas iglesias, en que todo el que es nacido en un país pertenece a esa iglesia por ese solo hecho; no sé si queda alguien con ese pensamiento, pero forma parte de conceptos muy arraigados. Nosotros reaccionamos en contra de eso diciendo: “Hay que saber lo que se cree”. Siempre sostuvimos, en líneas generales, que esa era tarea de la iglesia.

– La iglesia antes del siglo XVI influyó en la sociedad...

–... era el factor dominante de la sociedad...

– Así es, pero como usted dijo, cuando citó aportes anabaptistas hace un momento, que hoy algún tipo de participación congregacional puede observarse en casi todas las denominaciones, la iglesia debería influenciar a la sociedad. ¿No estamos deficitarios en ese sentido, más conformándonos al mundo que salándolo?

– Hay dos cosas diferentes: En primer lugar cuál, es la influencia de la Iglesia o las iglesias en la sociedad, que es un tema complejo. La sociedad moderna está mucho influida por el mensaje cristiano de lo que se piensa y habría ejemplos en abundancia. Por supuesto, aún falta mucho y ciertamente es frecuente que se oculte el fundamento cristiano de muchas acciones, como la lucha de grandes cristianos como Martin Luther King o Desmond Tutu contra la discriminación. En cuanto a la influencia del mundo que nos rodea en la iglesia (o iglesias) es algo delicado, y multiforme. Podríamos apelar a la idea de buscar lo que es “light” y entonces comprobaríamos que muchos buscan un culto “light”, una predicación “light” y hasta una teología “light”. Pensemos en la Iglesia Primitiva, recordando que se trataba de grupos pequeños que influían con su presencia física, o con algunos escritos que alcanzaban, en el mejor de los casos, a algunos círculos intelectuales, eran como una semilla que de alguna manera fue creciendo paulatinamente.

Los cambios en la sociedad, por ejemplo, respecto a la esclavitud, tardaron siglos. Durante cuatro o cinco siglos hubo esclavos y en el siglo XVII la esclavitud volvió a tener un auge muy grande, apoyada incluso por presuntos cristianos, de manera que hay que observar que los procesos son a veces lentos.

Del mismo modo, tenemos que reconocer que como iglesia en la Argentina, que no pasamos del siglo y medio, hemos sido muy minoritarios y carentes de recursos de todo tipo, de manera que nuestra influencia no podría ser todo lo poderosa e importante que se hubiera deseado. No podemos saber si algunos de los cambios que nos agradan guardan algún vínculo con nuestras acciones, puede que indirectamente sí. Pero debemos comprender que todos los cambios sociales y políticos son meramente consecuencias que no tienen relación esencial con nuestra responsabilidad como iglesia. Hay cosas que Dios encargó al gobierno, a los poderes seculares y otras que encomendó a la Iglesia. Los valores eternos, los valores espirituales, han sido puestos en manos de la Iglesia; es por eso que no son para ser enseñados en las escuelas del Estado, por ejemplo. No tenemos que descuidar el cultivo, desarrollo y la difusión de esos valores a expensas de otros valores que también tienen que interesarnos. Si yo soy un abogado cristiano, mi tarea de entender la sociedad, las leyes, la justicia, etc. será diferente que la de un ateo, por ejemplo; y si soy un abogado bautista, voy a tener en cuenta la importancia de la separación de Iglesia y Estado, etc. Como abogado, no podría desentenderme de la justicia y el derecho, pero ejercería de una manera distinta a la de otro que no es cristiano bautista.

–Tomemos por caso una institución como el Seminario que tiene un componente de alumnos no bautistas. Al enseñan los principios bautistas ¿se los enseña comparativamente, o se los enseña exclusivamente?

– Le diré cuál es mi metodología, la cual tiene que ver con la delicadeza que debo tener como docente hacia mis alumnos, sin abusar de mi posición como profesor. Cuando llegamos a un punto polémico, por ejemplo el bautismo infantil, teniendo en cuenta que en la honestidad de sus padres alguno pudo ser bautizado de esa forma, les pregunto qué piensan, por qué lo piensan y luego les digo que yo

voy a exponer lo que nosotros pensamos para que ellos mismos extraigan sus propias conclusiones. Mi clase no es una clase de evangelización ni tiene el propósito de, digamos, transformar en bautista a quien no lo es; mi misión es enseñar nuestros principios, que los acepten o no es otro tema. Yo respeto al alumno que tiene otras posturas, pero expongo lo que creo es la verdad, que por otra parte es la misma que sostiene la Institución. Yo expongo que hace un siglo había una corriente bautista que pensaba que ellos eran los únicos verdaderos cristianos y los únicos que iban al cielo... yo eso no lo creo, pero sí creo que lo que estoy enseñando es la verdad. Si algún día dejara de creer en los principios bautistas no seguiría enseñándolos y consecuentemente tendría que partir de aquí.

– Lo que acaba de decir es muestra de su honestidad intelectual. Estamos viviendo un momento de mucha heterogeneidad en el ámbito bautista, ha habido cambios a lo largo de la nuestra historia, pero hoy los principios, que como usted dijo no son muchos, parecen desdibujarse sin que los actores tengan una actitud honesta respecto de lo que veníamos sosteniendo. Pregunto: ¿Percibe esto como un hecho preocupante?

– En primer lugar, yo no utilizaría la palabra “honestidad”, no tengo derecho de señalar si alguien es honesto. En el mundo cristiano actual sí vemos a algunos que utilizan artimañas o métodos no del todo claros, por ejemplo disimulando lo que se persigue para captar personas, pero esto constituye una situación triste en la que no conviene insistir.

Lo que estimo que está faltando es una verdadera reflexión, la cual exige el esfuerzo mental de pensar las cosas y demanda que si nos planteamos la necesidad de cambiar, digamos cambiar formas, ese “cambiar” tiene que ser razonable, guardar una lógica que lo separe de lo que puede ser un capricho u ocurrencia y evaluar si afecta la forma o el fondo de las cosas. Esto requiere la capacidad de comparar lo que yo creo respecto de lo que cree el otro; fijese que hablo de “lo que creo” no tanto de lo que “hago”, pues yo hago las cosas conforme a lo que creo y si dejo de creer dejo de hacer. Es muy probable que la gente que piensa distinto –por supuesto que hay mucha gente que piensa distinto que yo o yo pienso distinto que mucha gente– crea honradamente que está siguiendo los principios que predicaron Spurgeon y todos los grandes bautistas adecuados a la época que vivimos. Le pasó al propio Spurgeon, quien rompió con la denominación porque pensaba distinto. En aquel momento Spurgeon se contrarió por la poca fidelidad a La Palabra de Dios, por toda la alta crítica que ponía en duda parte de lo que era la enseñanza bíblica o la tomaba en forma relativista; ante esa situación prefirió separarse, probablemente pensó que él era el más bautista de todos. No se si hizo bien o mal, décadas después la polémica quedó de lado y las cosas volvieron, diríamos, a su cauce. Tenemos que aprender a conocer bien qué es lo que cada uno cree. Ahora las cosas se hacen más complejas. Cuando era yo solo y todos pensábamos igual era más sencillo, si hay varias corrientes hay que ver lo que piensan y por qué lo piensan. Yo no puedo decir que lo que piensa el otro es irracional, quizá sí lo sea, hay cosas que parecen una locura y yo, si lo creo, debo saber por qué pienso de ese modo; si es una irracionalidad por su falta de fundamento o porque está en contra de los principios. El esfuerzo es grande: hay que comprender al otro y, además, esperar que el otro también lo haga, que con argumentos basados en La Palabra de Dios, en la herencia recibida y, por supuesto, en la lógica de la razón, podamos conversar.

– ¿Hay voluntad para pensar en lo que se cree? En general no se percibe preocupación en las iglesias al respecto.

– Creo que tenemos que seguir haciendo el paralelo entre el pensamiento social y el pensamiento religioso bautista. Hay una palabrita que circula mucho que es “posmodernidad”, no sé si es exacta, pero quiere decir que hoy pública e intelectualmente se actúa distinto, ya no se reacciona racionalmente sino emotivamente. Por ejemplo, tomemos la política: Hoy las masas inciden fuertemente en los procesos políticos. Es un tema muy delicado y no tenemos tiempo de analizar en profundidad cómo esto se refleja en las iglesias. Pero creo que en buena medida en